

prestar su apoyo al gobierno, es porque su existencia misma estaba amenazada. Olvidaron el sistema del 13 de Marzo para no pensar mas que en la corona de Julio.

—“M. Laffitte, os creo de buena fé, pero os engañais; el sistema del 13 de Marzo, como persistis en llamarle, no tiene mas contrarios que los republicanos y los carlistas.

—“Este sistema, dijo concluyendo M. Laffitte, nos ha atraído la guerra civil. Aun cuando sus adversarios estuviesen en minoridad en el pais, esta minoridad tiene tanta energia, que no debe despreciársela. La fuerza moral vale mas que el cañon y las bayonetas. Los buenos ciudadanos no pueden librarse de las mas vivas inquietudes por la corona, que les es querida, y que se encuentra comprometida por un sistema antipático por los franceses.

—“Luis Felipe, dijo en fin M. Odilon Barrot, es un rey casi legítimo, ó un rey legitimado por el voto nacional? Ha sido escogido como Borbon ó aunque Borbon? he aquí la cuestion. Si en lugar de seguir los pasos de la Restauracion, quereis que todas las autoridades, todas las instituciones, tengan el mismo origen que vos, habrá casamiento entre la Francia y vuestra dinastía, sin que sea posible el divorcio. Puesto que pensais de otra manera, continuareis la esperiencia; pero los amigos del pais y de V. M. no pueden asistir á ella sino con ansiedad.

—“Persistiré en lo que creo que es el bien de mi pais, respondió el rey, y tengo la firme conviccion de que cuando se hayan calmado las pasiones, conocerán que estoy en lo justo y en lo verdadero. Mi vida es de mi pais; sé lo que le debo y lo que le he prometido. Sabeis, señores, si faltó á mis promesas ó á mis juramentos.

## CAPÍTULO VI.

Como lo habia dicho el rey, la justicia fué pronta; únicamente, que los acusados no fueron entregados á las cortes de assises, sino á los consejos de guerra.

Un jóven pintor llamado Geoffroy fué condenado á muerte; pero la corte de casacion, echando mano de su demanda, por la defensa de Odilon Barrot, declaró que el consejo de guerra de la primera division militar habia cometido un exceso de poder.

Causó mucha alegria en todo Paris la promulgacion de esta sentencia, estaba ya tan fuera de nuestras costumbres la pena de muerte en materia política, y esperábamos que lo estuviese de nuestras leyes.

El gobierno se vió forzado á inclinarse ante esta magestad de la justicia, mas poderosa que la suya; y se reconoció que habia cometido el mismo delito que Carlos X, sin haber sufrido la misma pena.

Se enviaron, pues, los acusados ante el jurado.

En todas las insurrecciones políticas que descansan en una conviccion, es raro que el combate no haga conocer algun valor maravilloso, y la derrota algun carácter sublime.

El que obtuvo todos los honores de la admiracion pública

por su valor en el combate, y por su carácter ante los jueces, fué un llamado Juan.

Por una estraña casualidad, Juan, el hombre de las barricadas de Saint-Merny, Juan, el hombre de los assises, Juan el republicano, era hermano de Juan el carlista, de Juan el papelero del paso de Choiseul, en cuyas baldozas se puede ver, á pié, á caballo, en busto, en medallas, de todos modos, en fin, la efigie del señor conde de Chambord.

El interrogatorio de Juan es un modelo de franqueza, de valor y de concision.

P. El 5 del mes asististeis al convoy?

R. Sí, señor.

P. Hacia las cinco, no estabais en la encrucijada de Saint-Merny?

R. Sí.

P. Armado?

R. Con un fusil que habia ido á tomar á mi casa; sí, señor.

P. Habéis trabajado en la barricada?

R. Sí; dos guardias nacionales habian muerto cerca de mí en el bulevar; tiraron sobre nosotros sin provocacion, me pareció que atacados, teníamos derecho de defendernos.

P. No habéis mandado hacer fuego?

R. No, señor; una bala acababa de herirme en medio de los riñones y me habia derribado; me levanté y tiré un balazo, uno solo, porque habian huido.

P. Sí, pero han vuelto y os han encontrado en el mismo puesto?

R. No habia querido abandonar á mis camaradas.

P. Y habéis permanecido toda la noche detras de la barricada?

R. Sí, señor.

P. Haciendo fuego?

R. Haciendo fuego.

P. No distribuisteis cartuchos?

R. Sí, señor.

P. De dónde tomabais estos cartuchos?

R. De las cartucheras de los soldados muertos.

P. El dia siguiente habéis hecho fuego todo el dia?

R. Todo el dia, sí, señor.

P. No erais de los que al fin del ataque, tiraban desde las ventanas de la casa núm. 30?

R. Sí; cuando se hicieron dueños de la barricada, ya no teníamos cartuchos; sin lo que hubiéramos permanecido; nos retiramos atravesando á la bayoneta las filas de la tropa de línea.

Es preciso advertir que la madre de Juan lo sostenia maravillosamente; este otro Grajo habia encontrado otra Cornelia, no de noble familia como la Cornelia antigua, pero sí de noble corazon.

He aquí la carta que escribió á su hijo, y que Luis Blanc ha conservado.

Esta carta se remitió á Juan la vispera de las defensas.

“Tu madre va á oírte hoy, y todos los defensores; aun no has robado nada á nadie de lo que has pronunciado; el que estudia un discurso no puede conocer la emosion que resiente en el fondo del corazon el que no habla sino segun las convicciones; hago la mayor justicia á las buenas intenciones de M. P. y otros; el temor de verte salir mal los hace dudar de tus medios, pero yo los conozco, al menos conozco lo suficiente para saber de lo que eres capaz; una injusta desconfianza de tí mismo en este momento supremo, seria una mancha en una reputacion tan bella; defiende tu buen derecho; haz conocer cuanto puedas que estabas en el caso de legítima defensa; se sencillo y generoso; atiende á tus enemigos cuanto te sea posible; pon colmo á mi felicidad; que oiga decir á la opinion pública: fué tan grande en la derrota como valiente en el peligro; que tu alma se eleve á

la altura de tus acciones. Ah! si supieses cuán orgullosa estoy de haberte dado á luz! no temas debilidad por mi parte, tu grande alma tiene el don de reanimar á la mia.

“Adios, aunque separada de tí, mi alma no te deja.”

El jurado pronunció su sentencia.

Juan fué condenado á la deportacion;

Rossignol á ocho años de reclusion;

Goujon y Vigouronse, á seis años de la misma pena;

Ronjon á diez años de trabajos forzados sin esposicion;

Y Fourcade á cinco años de prision.

He aquí los nombres de los que fueron puestos en libertad:

Leclerc, Jules Jouanne, Fradelle, Faley, Metiger, Bouley Cornillean, Dumineray, Mutelle, Maris, Renouf, Coiffu, Gumbert, Genrillon, Fourniz, Louise-Antoinette Alexandre.

En cuanto á nosotros que habíamos salido de Paris á consecuencia de esta terrible jornada, he aquí lo que despues de una conversacion con la reina Hortensia, madre del presidente actual, escribiamos en 1833. Se verá que en diez y ocho años no habian variado nuestras opiniones ni con respecto á los hombres, ni con respecto á las cosas. (1)

“Madama la duquesa de Saint-Leu me habia convidado á almorzar el dia siguiente, á las diez de la mañana: como pasé una parte de la noche escribiendo mis notas, llegué algunos minutos despues de la hora indicada: iba á excusarme por haberla hecho esperar, lo que era tanto menos perdonable cuanto que ya no era reina; pero me tranquilizó con mucha bondad, diciéndome que el almuerzo no era sino para las doce, y que si me habia convidado para las diez,

(1) *Esta conversacion se imprimió en 1833, algun tiempo despues de la aparicion de mi obra de Gaulle et France.*

era para tener bastante tiempo de hablar conmigo; al mismo tiempo me propuso dar un paseo en el parque; yo le respondí ofreciéndole el brazo.

“Anduvimos cerca de cien pasos sin hablar nada, yo tomé primero la palabra:

—¿Teniais algo que decirme? señora duquesa, le pregunté.

—Es cierto, respondió, queria hablaros de Paris. ¿Qué habia de nuevo cuando lo dejasteis?

—Mucha sangre en las calles; muchos heridos en los hospitales; pocas prisiones, y muchos prisioneros.

—¿Habeis estado el 5 y 6 de Junio?

—Sí, madama.

—Perdonadme, pero acaso sea muy indiscreta; segun algunas palabras que habeis dicho ayer, he creido conocer que erais republicano.

—No os habeis engañado, señora duquesa, y sin embargo, gracias al sentido y al color que los diarios que representan al partido que pertenezco y de cuyas simpatias participo, pero no de todos sus sistemas, han hecho dar á esta palabra, antes de aceptar la calificacion que me dais, me permitireis que os haga una esposicion de principios. Para cualquiera otra mujer, semejante profesion de fé seria ridicula, pero para vos, señora duquesa, para vos que, como reina, debeis haber oido tantas palabras áusteras como frívolas en vuestra calidad de mujer, no insistiré en decir porque punto toco al republicanismo social, y porque disidencia me alejo del republicanismo revolucionario.

—No estais, pues, de acuerdo entre vosotros, señores?

—Nuestra esperanza es la misma, señora; pero los medios por los que cada uno quiere proceder, son diferentes. Hay algunos que hablan de cortar cabezas y dividir propiedades; estos son los ignorantes y los locos. Os admira que no me sirva de un nombre mas enérgico para designarlos, es inútil; ni son temidos ni de temer; se creen muy adelan-

te, y están muy atras; datan de 93, y estamos en 1832. El gobierno finge temerlos mucho, y le incomodaria que no existiesen, porque sus teorías son el carcaj de donde toma sus armas; estos no son republicanos, son republiqueros.

—Hay otros que olvidan que la Francia es la hermana mayor de todas las naciones, que no se acuerdan ya de que su pasado está rico con todos los reuerdos, y que van á buscar entre las constituciones suiza, inglesa y americana cual es mas aplicable á nuestro pais. Estos son estravagantes y utopistas entregados enteramente á sus teorías de gabinete; no perciben, en sus teorías imaginarias, que la constitucion de un pueblo no puede durar si no nace de la situacion geográfica, si no sale de su nacionalidad y no se armonisa con sus costumbres. Resulta de esto, que como no hay bajo el cielo dos pueblos cuya situacion geográfica, cuya nacionalidad y cuyas costumbres sean idénticas, mientras mas perfecta es una constitucion, es mas individual, y por consiguiente menos aplicable á otra localidad que á la que le ha dado nacimiento: estos, tampoco son republicanos, son republiquistas.

—Hay otros que creen que una opinion es una casaca azul barbo, un chaleco con grandes salapas, una corbata flotante y un sombrero puntiagudo; estos son los trovadores y ladradores: escitan los motines, pero se guardan de tomar parte en ellos; levantan barricadas y dejan á los otros á que se hagan matar tras de ellas; comprometen á sus amigos y se andan ocultando por todas partes como si ellos mismos estuviesen comprometidos; estos, no son todavía los republicanos, estos son los republiquetes.

—Pero hay otros, señora, para quienes el honor de la Francia es una cosa santa á la cual no quieren que se toque; para quienes la palabra dada es un compromiso sagrado, que no pueden sufrir ver romper aun de rey á pueblo, cuya vasta y noble paternidad se estiende á todo pais que sufre y á toda nacion que se despierta; han ido á derramar su sangre

á Bélgica, Italia y Polonia y han vuelto á hacerse matar ó prender en el claustro de Saint-Merny; estos, señora, son los puritanos y los mártires. Día vendrá en que, no solamente se llamará á los desterrados, en que, no solamente se abrirán las prisiones á los cautivos, sino que tambien se buscarán los cadáveres de los que han muerto, para levantarles tumbas. La única falta que se les puede echar en cara, es haber adelantado su época y haber nacido treinta años antes de lo que debian; estos, señora, son los republiquanos.

—No necesito preguntaros, me dijo la reina, si es á estos á los que perteneceis.

—Ay! señora, le respondí, no puedo vanagloriarme enteramente de este honor; sí, cierto; ellos tienen todas mis simpatías; pero en lugar de dejarme arrastrar por un sentimiento, he llamado para ello á mi razon, he querido hacer por la política lo que hizo Fausto por la ciencia, bajar y tocar el fondo. He permanecido un año sumergido en los abismos del pasado; entré con una opinion instintiva, y salí con una conviccion razonada. Vi que la revolucion de 1830 nos habia hecho dar un paso, es cierto, pero que este paso nos habia conducido simplemente de la monarquía aristocrática á la monarquía democrática, y que esta monarquía democrática era que se necesitaba agotar antes de llegar á la magistratura popular. Desde entonces, madama, sin hacer nada por aproximarme al gobierno, del que me habia alejado, cesé de ser su enemigo, lo miro proseguir su periodo, cuyo fin no veré juzgar; aplaudo lo bueno que hace, protesto contra lo malo, pero todo esto sin entusiasmo y sin odio, no lo acepto ni lo rehusó, lo sufro; no lo miro como una felicidad, sino que lo creo una necesidad.

—Pero á vuestro entender, no hay modo de que cambie?

—No, madama.

—Si sin embargo el duque de Reichstadt no hubiera muerto y hubiese hecho una tentativa?

—Hubiera salido mal, á lo menos lo creo.

—Es cierto; olvidaba que con vuestras opiniones republicanas, Napoleon no debe pareceros mas que un tirano.

—Os pido perdon, madama, lo veo bajo otro punto de vista; á mi entender, Napoleon es uno de estos hombres electos desde el principio de los tiempos y que han recibido de Dios una mision providencial. A estos hombres, madama, se les juzga, no segun la voluntad humana que los ha hecho obrar, sino segun la sabiduría divina que los ha inspirado, no segun la obra que hacen, sino segun el resultado que produce. Cuando se cumple su mision los vuelve á llamar Dios; creen morir, y van á dar cuenta.

—Y, segun vos, cuál era la mision del emperador?

—Una mision de libertad.

—Sabeis que cualquiera otra que yo, os pediria la prueba?

—Y se la daria lo mismo que á vos.

—Veamos; no sabeis cuanto me interesa.

—Cuando Napoleon, ó mas bien, Bonaparte, apareció á nuestros padres, madama, la Francia salia, no de una república, sino de una revolucion. En un acceso de fiebre política, se habia arrojado tan adelante de las otras naciones, que habia roto el equilibrio del mundo. Se necesitaba un Alejandro para este Bucephalo, un Androcles para este leon; el 13 vendimiario los puso cara á cara, fué vencida la Revolucion; los reyes que debian haber reconocido por un hermano el cañon de la calle de Saint-Honoré, creyeron tener un enemigo en el dictador del 18 brumario: tomaron por cónsul de una república al que era ya gefe de una monarquía, y con su insensatez, en lugar de aprisionarlo con una paz general, le hicieron una guerra europea. Entonces Napoleon llamó á sí todo lo que habia de jóven, de valiente, de inteligente en Francia, y lo esparció por el mundo. Hombre de reaccion para nosotros, se encontró ser hombre de progreso para los otros; por cuantas partes pasó arrojó á los vientos la semilla de las revoluciones: la Italia, la Pru-

sia, la España, el Portugal, la Polonia, la Bélgica, la Rusia misma, sucesivamente han llamado á sus hijos á la miez sagrada, y él, como labrador fatigado de su jornada, ha cruzado los brazos y los ha mirado de lo alto de su roca de Santa-Helena; entonces fué cuando tuvo una revelacion de su mision divina y cuando dejó caer de sus labios la profesion de una Europa republicana.

—Y creéis, replicó la reina, que si el duque de Reichstadt no hubiera muerto, habria continuado la obra de su padre?

—A mi entender, madama, los hombres como Napoleon no tienen padre ni hijo, nacen como meteoros, en el crepúsculo de la mañana, atraviesan, de un horizonte á otro, el cielo que iluminan y van á perderse en el crepúsculo de la tarde.

—Sabeis que lo que decis es poco consolatorio para aquellos de su familia que conservasen algunas esperanzas.

—Así es, madama, porque no le hemos dado lugar en nuestro cielo sino con la condicion de que no dejaria heredero en la tierra,

—Y sin embargo, legó su espada á su hijo.

—Este don le ha sido fatal; madama, y Dios ha roto el testamento.

—Pero me espantais, porque su hijo á la vez la ha legado al mio.

—Será muy pesada para un simple oficial de la confederacion suiza.

—Sí, teneis razon, porque esta espada es un espectro.

—No os estravieis, madama! temo que no vivais en esta atmósfera engañadora y embriagante que trae consigo á los desterrados; el tiempo, que continua marchando para el resto del mundo parece detenerse para los proscriptos: siempre ven á los hombres y las cosas como las dejaron, y sin embargo los hombres cambian de cara y las cosas de aspecto. La generacion que vió pasar á Napoleon volviendo de

la isla de Elba, se estingue cada dia, madama, y esta marcha milagrosa no es ya un recuerdo, es un hecho histórico.

—Así, creo que no hay esperanza de entrar en Francia para la familia Napoleon?

—Si fuese el rey, mañana la llamaría.

—No es así como quiero decir.

—De otra manera hay pocas probabilidades.

—Qué consejo daríais, pues, á un miembro de esta familia que soñase en la resurreccion de la gloria y el poder napoleónico?

—Le daría el consejo de que despertara.

—Y si persistía, apesar de este consejo, que á mi entender es tambien el mejor, y os pidiese otro?

—Entonces, madama, le diría que obtuviese la cancelacion de su destierro, que comprase una tierra en Francia, se hiciese elegir diputado, que procurase, con su talento, disponer de la mayoría de la cámara y se sirviese de ella para deponer á Luis Felipe y hacerse elegir rey en su lugar.

—Y pensais, respondió la duquesa de Saint-Leu sonriendo con melancolia, que cualquier otro medio saldria mal?

—Estoy convencido de ello.

Suspiró la duquesa.

En este momento llamaron á almorzar; nos encaminamos al castillo pensativos y silenciosos. Durante toda la vuelta no me dirigió una sola palabra, pero cuando llegamos á la puerta, se detuvo y me miró con una espresion indefinible.

—Ah! me dijo, quisiera que mi hijo estuviera aquí y que hubiese oido lo que acabais de decir....!

## CAPÍTULO VII.

**E**STA muerte del duque de Reichstadt que mencionaba en mi conversacion con la duquesa de Saint-Leu, habia acaecido el 22 de Julio de 1832.

Se sabe qué rumores resuenan siempre al rededor del féretro de los pretendientes; hacia tiempo, con razon ó sin ella, que los hombres políticos estaban convencidos de que el heredero de Napoleon debia morir jóven, y cuando se esparció la noticia de esta muerte, se contentaron con menear la cabeza, diciendo:

—Tenia un nombre demasiado grande para vivir.

Por lo demas, el ruido de esta muerte, en Francia, fué sordo y se estinguió pronto. Los partidarios mas ardientes del emperador hubieran temido la vuelta de un jóven educado en la escuela de M. de Metternich. En sus cabellos blondos, en sus facciones afeminadas, el duque de Reichstadt tenia mas de su madre que de su padre, mas de María Luisa que de Napoleon. No era de temer que fuese lo mismo en lo moral y que su corazon fuese mas austriaco que francés.

En resumen, murió; once años bastaron al ángel fúnebre para sellar la tumba del padre y del hijo; y como ya no se